



Relieve de óvalo de la chimenea reconstruída

(Fot. Gascón)

**C**RUZADO el zaguán que da hoy entrada á la Casa Real de la Alhambra, llégase, por la puerta frontera, á unos aposentos en los que se ven decoraciones y obras árabes entre otras posteriores á la Reconquista. Allí estuvo el Mexuar, donde, según refiere el historiador Luis del Mármol, el Rey juntaba á consejo y daba audiencia, y el Cadi ó Justicia mayor oía á los querellantes. Tal fué su destino en época musulmana; en el siglo xvi pensóse utilizarle para capilla, llevándose á término el proyecto en 1629, alterando bastante su disposición primitiva. Entonces asentóse un altar en el testero de la entrada, á la izquierda de la puerta.

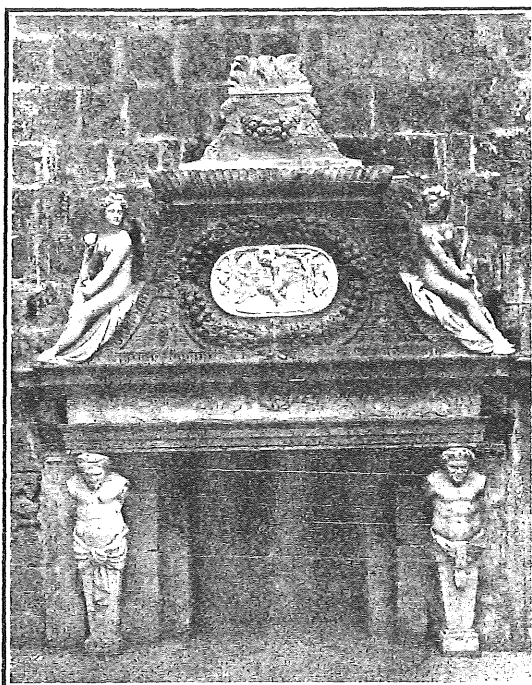
Su retablo, de traza extraña y poco grata, alzábase sobre una mesa con frontal de mármol blanco de Macael, elevada á su vez dos gradas respecto al suelo de la capilla. Unas pilastras avanzadas, y tras ellas estípites, cuya parte superior figura sátiros, abrumados bajo el peso de un entablamento que ostentaba en su friso finos relieves de salamandras entre llamas. Encima, un frontón trapecial de piedra negra—como la cornisa y el arquitebo—, tenía en su centro un óvalo rodeado de frutas y flores en relieve, y á los lados dos parejas de pináculos de madera. En el rectángulo, entre las pilastras y el entablamento, veíase la Adoración de los Reyes Magos, mediocre pintura en lienzo bastante deteriorada, hecha por mandato del marqués de Mondéjar, reinando Felipe IV, por Jerónimo Carminato (1), y arriba, en el óvalo, en un cielo de estrellas también pintadas, aparecía,

de mayor magnitud, la que fué guía de los mozarcos orientales.

La historia del altar y retablo dióla á conocer

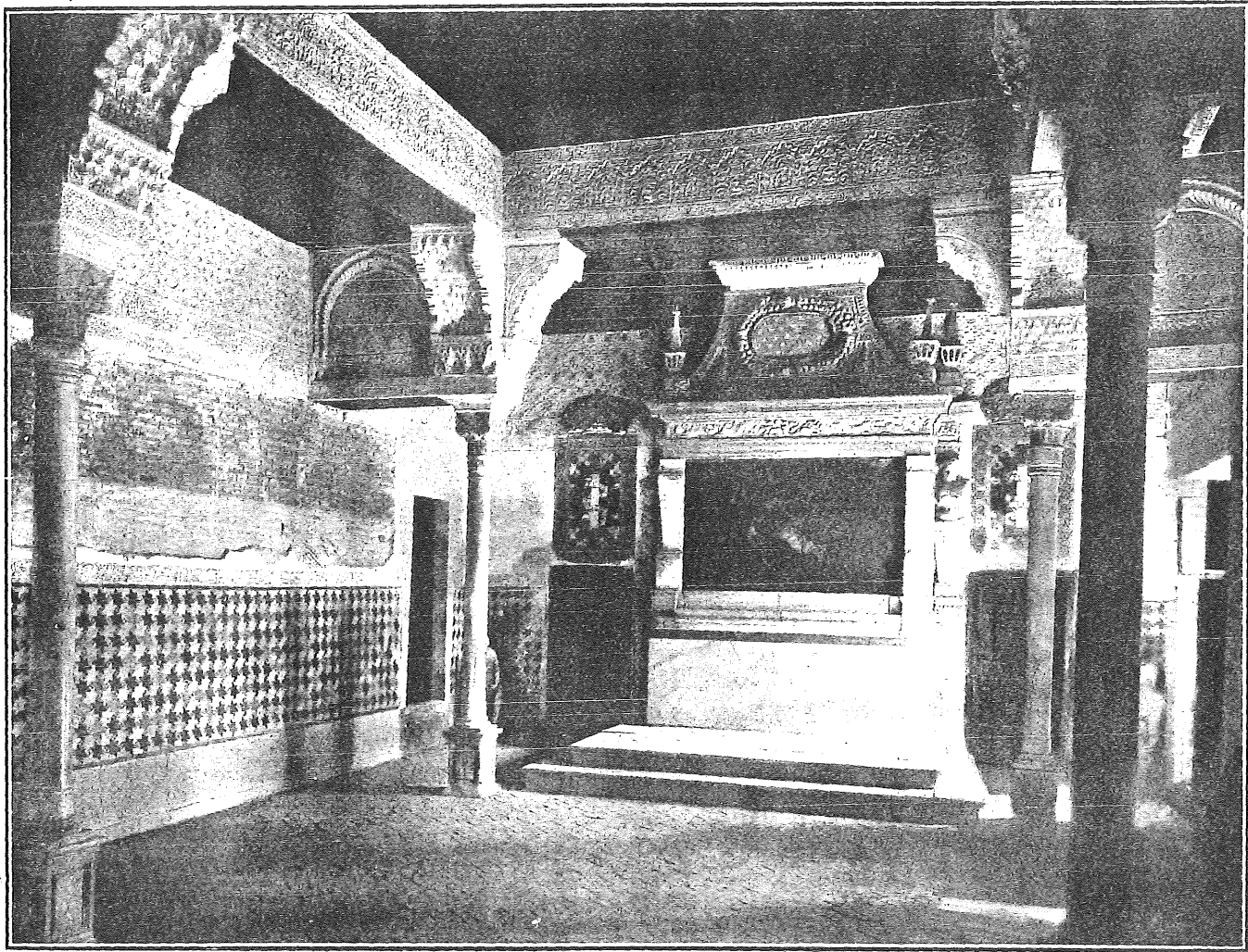
el arqueólogo y artista granadino, ya fallecido, D. Manuel Gómez Moreno, quien la aprendió en los documentos del Archivo de la Alhambra.

Desde el siglo xvi pensóse en transformar el Mexuar en capilla, haciéndose entonces importantes obras para ello. Hasta 1629, como queda dicho, no se asentaron altar y retablo, conforme á las condiciones dadas por Diego de Oliva, maestro de obras reales de la Alhambra. Aprovecháronse para aquél losas de mármol, probablemente de una antigua solería; dos gradas para encima de la mesa labráronse en otras tantas estelas sepulcrales árabes del mismo material, tal vez procedentes de la Rauda ó cementerio real; el retablo se armó con las piezas de una «chimenea de mármol y piedra negra, de figuras y talla de follaje de Génova», que, en 1546, se había comprado á Doña María Manuel, abuela del marqués de Santa Cruz, en cien mil maravedises, posiblemente con destino al palacio de Carlos V, en construcción por entonces. Para completar la traza de esta nueva obra hubo que añadir, á más de las piezas referidas de la mesa de altar, de mármol de Macael, unas pilastras á los lados, labradas en piedra de Sierra Elvira, y algunas otras, como los pináculos y una moldura de madera pintada imitando piedra con la que se une al techo de la sala. Pero la bella chimenea del Renacimiento italiano, cuyo mármol blanco es de Carrara, prestábase mal para ser utilizada como obra destinada al culto. Hubo que prescindir de un par de ninfas desnudas, simbolizando verosimilmente la abundancia, que en una mano sostenían una antorcha en forma de cuerno y con la otra recogían el caído ropaje, destinadas á decorar los



Chimenea de mármol blanco que ha sido reconstruída y colocada en un salón del Palacio de Carlos V (Fot. Liadó)

(1) Expresado así en un letrero que termina: «Hieronymus Carminatus branbilla vetustissimus me- diolanensis patritius invenit et pinxit. 1630.»



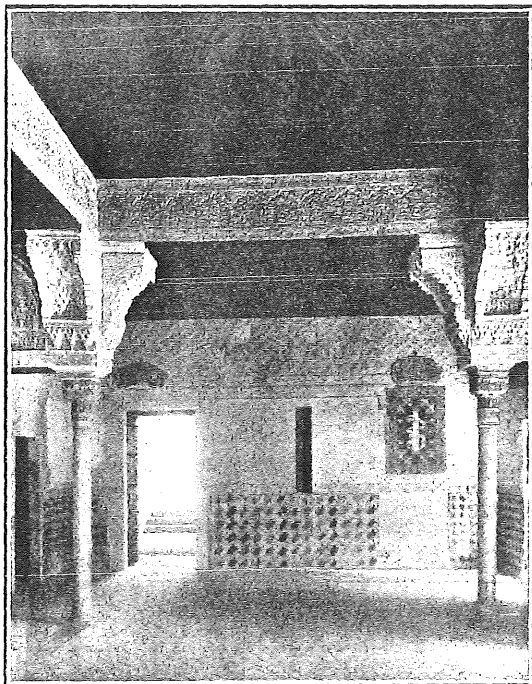
El mexuar, habitación donde el Rey reunía justicia y el Cadí hacía justicia, convertido en capilla

costados del frontón trapecial y el relieve del óvalo, en el que un hábil escultor representó, en forma asaz realista, el mito de Leda, cuando, desfallecida por la caricia del cisne divino,

Suspira la bella desnuda y vencida,

según la describió el gran Rubén. Un fauno oculto tras una palmera y otro tras un árbol en el que Leda ha tendido los paños que la cubrían, contemplan la amorosa escena. Vino á ocupar su sitio en el retablo el cielo de estrellas ya referido. Suprimiósese también un ara con penacho de llamas y una guirnalda entre dos cabezas de carnero, ya que la capilla no daba altura para su colocación. Y, finalmente, no pudiendo tal vez prescindir de las estípites por su oficio de sustentación, pudorosamente cambiáronlas de sitio con las pilastras, llevando éstas el primer plano; desde allí, las almas paganas de los sátiros que decoran aquéllas, habrán asistido no pocas veces, sino con fervor con extrañeza, al Santo Sacrificio de la misa.

Estas piezas sobrantes desterradas de la capilla fueron á ostentar, tal vez en penitencia, sus formas profanas en lugares más escondidos de la Casa Real. Hasta hace algunos años estuvieron á la entrada de un aposento oscuro y abovedado, llamado aún hoy de las Ninfas, inmediato á los subterráneos de Comares, bajo la sala de la Barca. El ara y el óvalo colocáronse sobre los dinteles de dos puer-



El mexuar reformado, sin el alta  
(Fots. Torres Molina)

tas y las estatuas femeninas dentro de unas hornacinas abiertas en las jambas. Desde allí parecían dirigir sus miradas á un mismo sitio, en el que, bajo su discreta vigilancia, cuenta el Padre Echevarría en sus *Paseos por Granada*, ocultábase un magnífico tesoro encerrado en dos jarras grandes llenas de oro que en el siglo XVIII estaban en el jardín de los Adarves, y una de las cuales—la otra desapareció hace largo tiempo—es el famoso jarrón de la Alhambra. Wáshington Irving recogió también esta leyenda, publicándola, adornada con nuevos detalles, en sus *Cuentos de la Alhambra*.

—O—

En 1874 afirmaba D. Manuel Gómez Moreno que sería una gran mejora reunir todas las piezas de la chimenea, colocando cada una de ellas en su lugar correspondiente: «Confiamos—son sus palabras—que andando el tiempo se llevará á cabo, prestándose entonces un señalado servicio á la historia del arte.»

A los cincuenta y cuatro años vese cumplido su deseo, instalada la chimenea—fáltale una pieza, sin duda perdida—en uno de los salones del piso alto del palacio de Carlos V. En esta Alhambra, poblada de espectros de tan varias civilizaciones, Júpiter y Leda, ninfas, sátiros y faunos, representan dignamente un aspecto, dionisiaco y eterno, de la historia humana.

LEOPOLDO TORRES BALBAS